

El Legado de Sandor Ferenczi. Lewis Aron.

UNIDAD II. PUENTES, INMIGRANTES, HEREDEROS.

La reconstrucción histórica y el rastreo de las historias de influencia es una labor compleja. Situar a Ferenczi en su contexto histórico requiere un método de análisis dialéctico que abarque la historia y la política de las instituciones del psicoanálisis, así como la historia política y social circundante, además de considerar los conflictos individuales, teóricos y profesionales. Jacques Donzelot (1980) ha señalado que parte del poder del psicoanálisis, como conjunto de ideas y prácticas, reside en que no está exclusivamente localizado en un sitio particular. Es un aparato teórico de carácter flotante. Sin embargo, el psicoanálisis también se compone de prácticas e instituciones localizadas, cada una con su propio personal y trayectoria. Dentro de la historia del psicoanálisis existe una línea de influencia idiosincrásica, distinta de la transmisión de ideas mediante la escritura, la enseñanza o el mentorazgo; se trata de una genealogía de influencia que se produce a través de la misma práctica del análisis, en la influencia que los analistas ejercen sobre sus analizandos. La historia de Ferenczi y su influencia deben leerse a través de todos estos mecanismos.

En el enfoque actual del trabajo histórico, tanto en textos literarios como institucionales, muchos historiadores están pensando de una manera que resulta afín a los psicoanalistas. La reconstrucción histórica es siempre, en parte, una construcción histórica. Hoy en día, muchas personas están asumiendo la compleja tarea de entrelazar las múltiples (e inevitablemente conflictivas) narrativas de esta fase de nuestra historia colectiva como psicoanalistas. Nos esforzamos por comprender qué ocurrió realmente, qué significado narrativo podemos construir, qué oportunidades se perdieron y por qué, así como qué pudo haber sucedido. Y, de manera provisional, quizá podamos empezar a vislumbrar cómo se vería un mundo y una historia del psicoanálisis reconfigurados, con Ferenczi integrado en ellos.

La obra de Ferenczi ha reaparecido en el centro de la escena gracias a los esfuerzos enérgicos y sostenidos de décadas por parte de analistas europeos e ingleses como los Balint, Haynal, Dupont y su comité; representantes de diversas corrientes teóricas han reclamado su lugar en esta línea de influencia. Hoy, Ferenczi puede ser reconocido como una de las figuras parentales importantes en el psicoanálisis: en la teoría de las relaciones objetales, directamente a través del trabajo de los Balint y transmitido a Klein y Winnicott; en la tradición interpersonalista, llevada explícitamente a través de Fromm y Thompson; en la psicología del self; en el trabajo lacaniano; y en algunas vertientes del neofreudismo, representadas en Europa por figuras diversas como Chasseguet-Smirgel, McDougall y Green, y en Estados Unidos por Loewald y Ogden. Quizás sería más acertado verlo como una figura materna, más que paterna.

Como ocurre en muchos registros históricos, los silencios y ausencias en esta historia son a menudo tan poderosos como los textos y palabras que sí aparecen. Un tratamiento histórico completo de Ferenczi debe considerar su influencia tanto sobre sus contemporáneos y sobre Freud, como en los movimientos futuros del psicoanálisis.

Al rastrear la influencia de Ferenczi en los movimientos y teorías psicoanalíticas —una influencia subterránea, explícita y manifiesta—, debemos considerar las múltiples capas de influencia y presión, el contexto geográfico y social, así como las diversas realidades históricas intersectadas en las que las ideas de Ferenczi florecieron, perecieron o permanecieron ocultas y subterráneas. Es importante recordar, como han señalado autores como Russell Jacoby (1983) y H. Stuart Hughes (1958), que las ideas psicoanalíticas a menudo fueron un acompañamiento enigmático y complejo en el equipaje de los emigrantes. La ruta entre Budapest a principios de los años 30 y, en diferentes direcciones, hacia Inglaterra, América, Francia, la Europa no fascista y el clima sudamericano, tan favorable a las ideas kleinianas, fue recorrida por hombres y mujeres que huían de la persecución política y religiosa. Debemos entender el clima intelectual y profesional en el que se desarrollaron la teoría y las prácticas psicoanalíticas (claramente conflictivo y complejo, como

han señalado Haynal y otros en este volumen). También debemos reflexionar cuidadosamente sobre el clima intelectual, social y profesional al que escaparon estas ideas y sus practicantes. Para la generación de europeos en movimiento en la Europa de preguerra, las tradiciones ideológicas políticas e intelectuales que cargaban podían ser en parte patrimonio y en parte una carga pesada. La interrelación entre la historia institucional y la historia política es sutil y su explicación supera el alcance de este ensayo. Solo pedimos a una audiencia contemporánea que atienda a la multiplicidad de influencias y presiones coexistentes, y a la complejidad de las diversas narrativas.

En esta sección, Judith Dupont considera la influencia teórica de Ferenczi sobre su estudiante más importante, Michael Balint, a través de cuyos esfuerzos las ideas centrales y los textos clave, incluyendo, lo más crucial, el Diario, fueron cuidadosamente llevados a la publicación. El meticuloso cuidado en preservar y apoyar la reputación de Ferenczi, por supuesto, se debe en gran parte a Judith Dupont, quien ha continuado el trabajo de los Balint.

Al considerar el impacto de Ferenczi en el mundo analítico en Gran Bretaña, hay muchos analizando de Ferenczi por los cuales imaginar líneas de influencia: Melanie Klein, Ernest Jones, John Rickman y Michael y Enid Balint. También tenemos la teoría y la teoría clínica disponibles en el trabajo de Ferenczi en inglés (el material comenzó a estar disponible en inglés después de 1916). En el ensayo de Dupont, se puede ver claramente las poderosas influencias y la textura formativa de la vida y obra de Ferenczi sobre todo el ámbito de las relaciones objetales británicas, extendiéndose ampliamente a través del trabajo de Fairbairn, los desarrollos kleinianos y la obra y pasiones de Winnicott. Juliet Mitchell (1975) ha señalado que el clima político y social de la Gran Bretaña de posguerra era uno en el que la restauración de la estructura familiar y, en particular, el papel crucial de la maternidad era una alta prioridad. Winnicott es una figura crítica aquí; como prueba, sus charlas en la radio de la BBC que ofrecieron a una audiencia masiva de laicos muchas de sus ideas analíticas cruciales. El enfoque de Ferenczi en el entorno familiar y maternal y el poder disruptivo del trauma eran particularmente compatibles con las necesidades sociales de la Gran Bretaña de posguerra. Es interesante especular sobre el impacto en el trabajo analítico británico de las dos mujeres poderosas, Anna Freud y Melanie Klein, con su fuerte enfoque en los niños y el análisis infantil, y si este clima general de preocupación resultó un tanto evocador como compatible con las ideas de Ferenczi sobre el juego, la maternidad y la necesidad de la maternidad en el psicoanálisis

“Admití que nosotros los hombres, incluso los mejores doctores entre nosotros, no somos buenos para cuidar a los niños y a los enfermos; desde la infancia los hombres son enseñados por su entorno y por otros niños a no mostrar sentimentalismo, que es considerado como algo de mujeres y de niños” (Ferenczi, 1932, p. 53).

En los ensayos de Shapiro y Wolstein, resulta tan impactante lo que sobrevivió al cruce transatlántico como aquello que no lo hizo. Wolstein confirma en su ensayo lo que varios analistas del Instituto William Alanson White sostienen: que Ferenczi era venerado, pero no ampliamente leído. Wolstein escribe: “Nunca había oído hablar de la existencia del Diario de Ferenczi, ni siquiera durante mis estudios en el White Institute”. Sin embargo, su ensayo documenta claramente la deuda teórica que las corrientes interpersonalistas y otros movimientos psicoanalíticos basados en la experiencia le deben a Ferenczi, así como el sorprendentemente tardío reconocimiento de esta deuda dentro del campo.

El trabajo de Shapiro traza la gran importancia que Ferenczi tuvo para Thompson (y, de manera indirecta, para Sullivan), principalmente a la luz del trabajo analítico que realizaron juntos en 1928 y 1929. Hay líneas claras de influencia en la técnica interpersonal y en lo que actualmente denominaríamos intersubjetividad dentro de la diada analítica. En la traducción de Ferenczi a América realizada por Thompson, se omite el trabajo y pensamiento de Ferenczi sobre el trauma y el abuso sexual. Esta omisión, por supuesto, reactiva el difícil y terrible debate sobre la supresión y el conflicto en torno a la realidad psíquica y el trauma, el destino de la llamada hipótesis de la seducción y la naturaleza del conflicto entre Freud y Ferenczi sobre su último artículo, “La confusión de lenguas”. La omisión de la lectura compleja y sutil de Ferenczi sobre el abuso y el trauma psíquico en la transformación que Thompson hizo de sus ideas en América implica

una historia institucional en Estados Unidos, las disputas sobre la formación psicoanalítica (en las que ella y Fromm estuvieron inmersos), los desarrollos teóricos en el análisis tradicional y la psicología del yo, y el conservadurismo de la psicología y psiquiatría académicas, en particular el tropismo conservador del conductismo estadounidense. Quizás también valga la pena señalar la soledad de Thompson, que Shapiro documenta de manera conmovedora. El clima de opinión actual, en el que las secuelas del abuso y la magnitud del incesto y el abuso sexual se han vuelto visibles, tiene su propia historia. Un poderoso mandato para considerar la realidad del abuso ha surgido en el contexto de un movimiento político y social: el feminismo. La obra y la vida de Ferenczi, y quizás el trabajo de los interpersonalistas estadounidenses como Sullivan y Thompson, reflejan en parte los límites tanto del individuo como de nuestras instituciones.

La situación en Estados Unidos era algo diferente. Sin duda, el período de posguerra en el que Fromm y Thompson se consolidaban como analistas en Estados Unidos fue una época marcada por un fuerte compromiso con la ideología familiar. Pero, como señaló Russell Jacoby en su obra sobre el grupo alrededor de Fenichel, muchos analistas que podrían haber combinado, como lo hizo Ferenczi, ideas progresistas con compromisos psicoanalíticos, abandonaron las primeras para asegurar un lugar institucional en el nuevo país. Fromm, con sus antecedentes en la Escuela de Frankfurt y su base americana en la New School, pudo haber tenido un destino más favorable que Thompson. Bacciagaluppi, en su ensayo sobre Fromm, establece interesantes vínculos con los aspectos más espirituales del pensamiento de Ferenczi, así como con sus ideas más humanitarias y progresistas, las más arraigadas socialmente.

REFERENCIAS

- Donzelot, J. (1980), *The Policing of Families*. London; Hutchinson Education.
- Ferenczi, S. (1932), *The Clinical Diary of Sándor Ferenczi*, ed. J. Dupont (trans, M. Balint & N. Z. Jackson). Cambridge, MA: Harvard University Press, 1988.
- Hughes, H. S. (1958), *Consciousness and Society*. New York: Vintage.
- Jacoby, R. (1983), *The Repression of the Unconscious*. New York; Basic Books.
- Michell, J. (1975), *Psychoanalysis and Feminism*. New York; Basic Books.

CAPÍTULO 8. MICHAEL BALINT: ANALIZANDO, DISCIPULO, AMIGO, Y SUCESOR DE SÁNDOR FERENCZI

Judith Dupont

Cuando Sándor Ferenczi falleció el 22 de mayo de 1933, la comunidad psicoanalítica lo sintió como la pérdida de un colega de gran talento original, que había pasado el apogeo de sus facultades alrededor de 1927-1928. A partir de entonces, se consideró que desperdició su tiempo y sus dotes en investigaciones arriesgadas e infructuosas sobre problemas técnicos del análisis. El propio Freud se sintió profundamente perturbado por estas últimas contribuciones de su amigo más cercano y alumno favorito. En su obituario para Ferenczi, Freud mencionó como la obra principal de Ferenczi (1924) “Thalassa: Un Teoría de la Genitalidad”, un escrito que aún hoy suele ser malinterpretado.

Sin embargo, algunos analistas, especialmente los húngaros, que habían estudiado, trabajado y debatido junto a Ferenczi durante sus últimos años y que pudieron seguir la génesis y toda la evolución de sus ideas controvertidas, no compartían la opinión negativa generalizada sobre el último período de investigaciones de Ferenczi. Entre ellos se encontraban Michael Balint y otros jóvenes analistas talentosos como Imre Hermann y Alice Balint. Los tres tenían un interés particular en las relaciones objetales y sus investigaciones, cada una personal y original, estaban entrelazadas.

En 1923, Balint se casó con Alice Szekely-Kovacs, hija de la psicoanalista Vilma Kovacs (otra paciente de Ferenczi). Ambos llevaron a cabo su análisis con Ferenczi tras un breve y poco satisfactorio intento con

Hanns Sachs en Berlín. Balint, él mismo médico e hijo de médico (y, por cierto, padre y abuelo de médicos), era un hombre de gran y variada cultura.

A la muerte de Ferenczi, Balint lo sucedió como Director de la Policlínica Psicoanalítica de Budapest. También fue designado por la viuda de Ferenczi, Gizella, para representar el patrimonio literario de su esposo, tarea que cumplió con fidelidad. Balint emigró a Inglaterra poco antes de la guerra, a principios de 1939; hacia el final de una vida muy activa y productiva, fue elegido presidente de la Sociedad Psicoanalítica Británica.

El trabajo científico de Michael Balint a lo largo de su vida puede analizarse en tres categorías principales. La primera, y la que discutiré extensamente más adelante, es su labor psicoanalítica, tanto teórica como clínica, que desarrolló de manera notablemente coherente. Se puede seguir el curso de su pensamiento desde los primeros artículos escritos en los años 30 hasta su último libro teórico, “La falla básica” (“The Basic Fault”, Balint, 1968), en el que presenta la concepción más completa de su visión del mundo mental y sus implicaciones terapéuticas. Es esta parte de su trabajo la que me gustaría analizar aquí, mostrando cómo se basa en las investigaciones de Ferenczi, especialmente en las más controvertidas, como las descritas en “Thalassa” (Ferenczi, 1924) y en los artículos de sus últimos cinco años, en particular “El análisis infantil con adultos” (Ferenczi, 1931) y “La confusión de lenguas entre el niño y los adultos” (Ferenczi, 1933).

Otra parte del trabajo de Balint, quizás la más conocida y reconocida, es el método que él y su segunda esposa, Enid Balint, elaboraron para ayudar a los médicos generales con técnicas e intuiciones psicoterapéuticas. Los llamados Grupos Balint se organizan hoy en todo el mundo para médicos generales, pediatras y otros especialistas. Además, se organizan seminarios siguiendo el mismo modelo y con el mismo propósito para trabajadores sociales, maestros, enfermeras y otros profesionales. Cabe recordar que la primera persona en proponer formación psicológica para médicos generales fue Ferenczi en 1923 con su artículo “El psicoanálisis al servicio de los médicos generales”. Michael Balint fue quien puso esta idea en práctica.

La tercera parte de la actividad de Balint fue la representación del legado literario de Ferenczi. Dedicó mucho tiempo y energía a promover la publicación de los escritos de Ferenczi en diversos idiomas. El hecho de que Ferenczi haya sido redescubierto en los últimos 10 o 15 años es en gran parte una consecuencia de los esfuerzos de Balint. Además, preparó para su publicación el recientemente publicado “Diario Clínico” (Ferenczi, 1932) y la monumental correspondencia de Ferenczi con Freud, que pronto será publicada por Harvard University Press. Fue el primero en descifrar los manuscritos y en producir una copia mecanografiada de ellos.

EL TRABAJO PSICOANALÍTICO DE BALINT

No se puede decir que Balint simplemente continuara la línea de pensamiento iniciada por Ferenczi. Por supuesto, fue influenciado por ella, pero la utilizó como un terreno fértil sobre el cual desarrolló su propio y original aporte, al igual que Hermann. Balint fue un seguidor de Ferenczi en el sentido de que aprendió mucho de los descubrimientos y éxitos de su maestro, pero también asimiló las lecciones de los errores y fracasos de Ferenczi. Además, todas sus concepciones, al igual que las de Ferenczi, están sustentadas en la observación clínica. Las ideas que aún no habían sido confirmadas por la práctica las proponía únicamente de manera hipotética y con mucha cautela.

Otra característica común con Ferenczi fue que todas las propuestas técnicas de Balint exigían del analista una inversión personal intensa, un alto grado de honestidad, mucha sensibilidad y una extrema modestia. Estas son demandas muy exigentes, mucho más difíciles de cumplir de lo que se podría pensar; tal vez esta sea una de las razones por las que Balint aún no ha recibido el reconocimiento que merece, aunque siempre se le ha otorgado un cierto respeto.

A lo largo de sus escritos, Balint presenta una visión estructurada y notablemente coherente de su concepción de la mente humana y su funcionamiento. Pero esta coherencia no se asemeja a un sistema cerrado que pretende explicar todos los fenómenos conocidos o por conocer. Al contrario, Balint siempre insistió en explorar las preguntas sin respuesta, las incertidumbres, buscando vías de acceso hacia otras teorías, y subrayando todos los nuevos problemas que surgían de sus soluciones a los problemas antiguos.

En muchas ocasiones intentó “traducir” sus ideas en términos de otro autor para exponer las posibles conexiones; naturalmente, también mostraba las ventajas de sus propias formulaciones.

Mencioné que Balint aprendió mucho de los errores técnicos de Ferenczi. Ferenczi reconoció en varias ocasiones, incluida su correspondencia con Freud, que siempre sentía la necesidad de llevar sus experimentos técnicos al extremo, casi hasta el absurdo, para luego retroceder y preservar solo lo que demostraba ser beneficioso.

Balint reaccionó al ejemplo de Ferenczi desarrollando una extrema cautela. No era temeroso en su pensamiento, pero siempre intentaba respaldar el menor de sus pasos con observación y argumentación: él “sugería”, “proponía” y sometía todas sus sugerencias y propuestas a una rigurosa crítica. No se podían aplicar las ideas de Balint en la práctica analítica propia de forma mecánica. Trabajar a la manera de Balint implicaba necesariamente un gran esfuerzo de inversión personal, mucha imaginación y capacidad de invención, una atención constante a las necesidades del paciente y una rigurosa autoobservación. De hecho, una de las sugerencias formuladas por Balint es siempre intentar interpretar las propias emociones en términos de los síntomas del paciente.

CONCEPCIÓN DE LA ESTRUCTURA MENTAL Y SU FUNCIÓN EN BALINT.

Según Balint, el estado más primitivo de la mente humana no es el narcisismo primario, descrito como un estado de auto encierro. Ya en 1937, criticó la teoría del narcisismo primario; consideraba que era simplemente un producto de la especulación, sin apoyo en la observación clínica, pero inventado porque, lógicamente, parecía ser la forma más simple de existencia.

Es imposible resumir en un solo artículo todo el argumento de Balint. En sus escritos, discutió extensamente por qué rechazaba la teoría del narcisismo primario (Balint, 1937), describiendo la evolución de esta noción en el pensamiento de Freud y destacando sus contradicciones inherentes. En su lugar, defendió la idea de una relación primaria entre el ser en desarrollo y su entorno. Todo lo que hemos aprendido sobre la vida fetal en los últimos años, por ejemplo, parece confirmar la idea de Balint¹.

Balint consideraba que cualquier estado, por primitivo que sea, que pueda observarse realmente, aparece finalmente como una especie de relación objetal. A esta relación primitiva la llamó amor primario. Explicó la elección de este término de la siguiente manera: esta relación primaria está dirigida hacia un tipo muy peculiar de objeto, sin contornos precisos y que no ofrece ningún tipo de resistencia. Estos objetos están totalmente a disposición del sujeto y son indestructibles. Más que de objetos, podría hablarse de pre-objetos, o de sustancias, como el agua o el aire. El niño pequeño, o incluso el feto, está en una especie de relación con lo que lo rodea. Necesita esta cualidad de adaptación del entorno y participa con él en un estado que Balint (1959) llamó “mezcla armoniosa e interpenetrante”. Para explicar lo que significa, Balint utiliza varias comparaciones. Por ejemplo, estamos en un estado de mezcla armoniosa e interpenetrante con el aire que inhalamos. El aire debe estar ahí, a nuestra total disposición, y nos damos cuenta de cuánto lo valoramos solo cuando se vuelve inaccesible. ¿Quién puede decir si el aire en nuestros pulmones o intestinos pertenece a nuestro cuerpo o a la atmósfera circundante? Sin embargo, no hay fusión entre ellos. La situación es la misma con el pez en el agua, o la interpenetración de las vellosidades de la placenta con el revestimiento interno del útero. Balint también usaba a menudo una comparación con la mayonesa: la yema y el aceite están íntimamente mezclados, pero cada componente mantiene su identidad; todo cocinero sabe que el más mínimo manejo descuidado puede poner fin a la mezcla armoniosa.

Esta relación primaria tiene ciertamente algunos rasgos comunes con la noción de amor objetal pasivo de Ferenczi (1933). Ferenczi llamaba pasividad a la forma en que el niño acoge lo que se le ofrece desde el exterior. Balint, en cambio, consideraba que el niño usa activamente lo que tiene a su disposición y cuestionaba la idea de pasividad.

Progresivamente, a medida que avanza el desarrollo, de estos pre-objetos o sustancias emergen objetos con contornos precisos, primero como objetos parciales y luego como objetos completos.

Así, Balint concibió la relación madre-hijo en sus comienzos como una interdependencia armoniosa, en la que ambos miembros de la pareja encuentran su satisfacción porque sus intereses convergen en gran medida. Luego, a medida que las demandas del niño se vuelven cada vez más complejas e individualizadas,

los intereses de ambos coinciden cada vez menos. En consecuencia, el niño encuentra cada vez más resistencia por parte de la madre. Poco a poco, ella irá adquiriendo para el niño la forma de un objeto con contornos precisos, con sus propios deseos, intereses y voluntad, un objeto con el que hay que negociar. Así se desarrolla el amor objetal activo basado en la reciprocidad.

El artículo de Alice Balint (1939) “Amor por la madre y amor de madre,” incluido en el libro de Michael Balint (1965) “Primary Love and Psycho-Analytic Technique”, ya que las ideas del artículo surgieron de discusiones mutuas y expresaban perfectamente sus propias opiniones, afirmaba que todo lo que Ferenczi (1924) había descrito en “Thalassa” acerca de la relación entre hombre y mujer durante el coito era igualmente válido para la relación madre-hijo. En ambas relaciones, no se plantea la cuestión de egoísmo o altruismo, sino de objetivos instintivos mutuos y convergentes. La alimentación, por ejemplo, satisface tanto las necesidades del niño como las de la madre. En el coito también, ambos miembros encuentran satisfacción, aunque no exactamente de la misma manera. En ambas actividades, la interdependencia biológica hace posible un egoísmo ingenuo desde el punto de vista psicológico.

Entre estas dos formas de interdependencia —la temprana relación madre-hijo y la relación hombre-mujer durante el acto sexual— se encuentra una etapa intermedia: el período de desarrollo del sentido de realidad, que dominará la vida emocional a partir de entonces. Este sentido de realidad es una formación secundaria, que incluye tacto, comprensión, simpatía, gratitud y ternura. Balint basa su razonamiento en el artículo de Ferenczi (1913), que describe cómo el niño, para satisfacer sus necesidades, debe aprender a explorar la realidad, evaluarla correctamente e influir en ella. Así, el niño atraviesa una serie de etapas: la etapa de omnipotencia incondicional, en la cual todos sus deseos parecen cumplirse automáticamente; la etapa de omnipotencia mágico-alucinatoria, donde llena el vacío entre el deseo y su satisfacción con una realización alucinatoria; la etapa de omnipotencia mediante gestos mágicos, en la que obtiene la satisfacción de sus deseos mediante gestos específicos (modelo del mecanismo histérico); la etapa animista, en la cual percibe todos los objetos como animados y busca redescubrir en todo sus propios órganos y funciones; y finalmente, la etapa de pensamientos y palabras mágicas (modelo del mecanismo obsesivo), que llega con el descubrimiento del habla y el aprendizaje del lenguaje.

Estas diversas etapas de desarrollo corresponden a la descripción de Balint sobre la separación de objetos con contornos definidos a partir de las sustancias primarias complacientes. El niño empieza a notar las particularidades de estos objetos y el hecho de que poseen una voluntad propia; descubre métodos cada vez mejor adaptados para relacionarse con ellos. Algunos de estos objetos heredan algo de la connotación positiva y segura de las sustancias primarias. Son investidos con un gran valor y deben responder a considerables exigencias: no deben tener intereses, deseos o necesidades personales; deben identificarse completamente con las necesidades y deseos del sujeto, satisfacerse con ellos y parecer indestructibles. Esto es precisamente lo que un niño lactante exige de quienes lo cuidan y lo que se observa en algunas personas perturbadas en estado de regresión.

Otros objetos son percibidos como obstáculos que deben ser manejados con habilidades específicas que el sujeto desarrolla con este propósito. De manera progresiva, la persona toma conciencia de que los objetos tienen contornos definidos, deseos, intereses, necesidades y voluntades propias, y que son capaces de resistir. Todas esas características deben ser consideradas si uno desea establecer una relación mutua con el objeto; es decir, el objeto debe ser conquistado.

Ahora bien, si surgen problemas serios en una etapa temprana de esta evolución, la persona deberá inventar diversos métodos para enfrentarlos. El método que desarrolle dejará una profunda marca en su estructura y dará forma a lo que Balint llamó “la falla básica.” Esta falla básica representa una fuerza dinámica en la vida mental de la persona, aunque no adopta la forma de un conflicto. Más bien, es algo parecido a una brecha, una ruptura en la estructura; no puede ser sanada sin dejar una cicatriz permanente con la cual el sujeto debe aprender a vivir.

Balint propuso la siguiente imagen de la estructura topográfica de la mente, con tres niveles o áreas:

1.- “El área edípica”. Esta área se caracteriza por una relación de tres personas. El poder dinámico en juego proviene de un conflicto. El lenguaje utilizado en esta área es el lenguaje convencional de los adultos, en el que las palabras tienen el mismo significado para todos.

2.- “El área de la falla básica”. Esta área se caracteriza por una relación de dos personas. El poder dinámico proviene de una falla, una ruptura en la estructura del sujeto. El lenguaje convencional de los adultos no es útil en este nivel. En otra terminología, aquí se hablaría de un nivel preverbal o pregenital.

3.- “El área de la creación”. En esta área, el sujeto está completamente solo. Ha retirado sus inversiones de los objetos del mundo exterior y trata de crear nuevos, y posiblemente mejores, a partir de sí mismo. Estos podrían ser obras de arte, teorías, percepciones o incluso enfermedades. Este es el nivel menos conocido, el más difícil de explorar, ya que el sujeto está solo en él.

CONSECUENCIAS PRACTICAS Y TÉCNICAS

Después de haber elaborado esta representación de la mente humana sobre la base de su práctica psicoanalítica, Balint la sometió nuevamente a la prueba de la experiencia clínica y trató de formular, en términos de su topografía, lo que ocurre durante un tratamiento psicoanalítico.

El psicoanálisis siempre provoca regresión, de duración variable y que puede penetrar más o menos profundamente en los niveles descritos anteriormente. La regresión podría quedarse en el nivel edípico. En este caso, el trabajo analítico puede continuar con la ayuda de asociaciones e interpretaciones, es decir, en el nivel verbal, en el lenguaje convencional adulto donde las palabras tienen el mismo significado para ambas partes. Sabemos que los elementos no verbales nunca faltan, pero lo privilegiado es el intercambio verbal. Estos pacientes pueden beneficiarse de un tratamiento psicoanalítico llamado clásico. Durante mucho tiempo, se consideró que estos eran los únicos verdaderos candidatos para un análisis, y algunos analistas todavía comparten esa opinión.

Sin embargo, existe otra categoría de pacientes, a menudo descritos como “profundamente perturbados” (a menudo clasificados hoy en día como pacientes borderline), que en algún momento del análisis se vuelven incapaces de seguir comunicándose en un lenguaje convencional adulto. En ese estado, las interpretaciones ya no son percibidas por ellos como interpretaciones con un significado definido, sino que se convierten en signos de hostilidad o amabilidad. Las asociaciones verbales de estos pacientes se vuelven repetitivas, una colección de palabras vacías y sin vida que exigen interpretaciones del mismo tipo. Balint (1968) comparó este fenómeno con un disco rayado en el que la aguja corre interminablemente por el mismo surco.

La técnica clásica, escribió Balint, probablemente consistiría en sacar al paciente de su regresión lo más rápido posible, devolverlo a una forma convencional de comunicarse y terminar el análisis con un éxito parcial. De hecho, sería recomendable, según la técnica clásica, no aceptar a estos pacientes en análisis, sino recomendar algún otro tipo de psicoterapia. El analista clásico seleccionaría cuidadosamente los casos. Esta posición probablemente no sea compartida por muchos analistas de la generación más joven, quienes a menudo están convencidos de que el análisis puede abordar una gama muy amplia de problemas.

Balint, al igual que Ferenczi, no compartía la idea de cualquier tipo de selección según los criterios clásicos de analizabilidad. Como su maestro, sentía que era responsabilidad del analista ajustar las técnicas a las necesidades de los diferentes pacientes.

Ferenczi defendió el principio de que, mientras un paciente estuviera dispuesto a continuar con el tratamiento, el analista debía encontrar las técnicas necesarias para ayudarlo. En consecuencia, siempre mostró un gran interés en la investigación sobre la técnica. De hecho, no se puede hablar de una técnica ferencziana única, basada en un solo sistema teórico: siempre encontrando nuevos problemas en su práctica, Ferenczi imaginó toda una serie de técnicas empíricas. Una gran cantidad de medidas técnicas que recomendó están ahora tan integradas en la técnica clásica que los analistas las utilizan de manera bastante natural, sin darse cuenta de que se originaron con Ferenczi (Balint, 1967).

El papel de Ferenczi se reconoce más en la introducción de otras técnicas, como la “técnica activa”

(Ferenczi, 1919, 1921, 1926). Esta técnica tiene como objetivo removilizar, en beneficio del tratamiento, la libido que algún conflicto inconsciente podría haber desviado del trabajo analítico. Para alcanzar este objetivo, el analista procede, mediante órdenes y prohibiciones destinadas a aumentar la tensión, a provocar la irrupción de los impulsos reprimidos y así hacer que el curso del análisis comience de nuevo. La parte principal de la actividad recae en el paciente, quien es el que debe hacer algo o abstenerse de hacerlo. Luego, poco a poco, las órdenes y prohibiciones se debilitan hasta convertirse en sugerencias y consejos.

Sin embargo, algunos pacientes reaccionaron negativamente a este aumento de la tensión mediante una aceptación pasiva, y el análisis llegó a un punto muerto. Ferenczi entonces emprendió una crítica a su técnica activa, pero también sometió a examen crítico la técnica clásica de abstinencia y frustración.

Sus experimentos posteriores se basaron en la flexibilidad, relajación, paciencia e indulgencia (Ferenczi, 1928, 1930). Su objetivo era adaptar la atmósfera del tratamiento tanto como fuera posible a las necesidades de un paciente en estado de regresión e incluso fomentar la regresión del paciente, la cual consideraba como una herramienta terapéutica posible. Ferenczi prestó cada vez más atención al niño en el paciente adulto, es decir, al papel que juegan la repetición, regresión y puesta en escena en el tratamiento, y su valor terapéutico. Regresó a la idea de la importancia del trauma en la génesis de las neurosis, una teoría que nunca abandonó completamente, pero que fue relegada a un segundo plano en favor de la teoría de la fantasía. Ferenczi (1931, 1932) elaboró aún más su teoría del trauma. Subrayó que se requieren dos fases para producir un efecto traumático: (1) el evento traumático, que no es necesariamente patógeno por sí mismo, y (2) su desmentida por parte de las personas importantes en el entorno del niño, comenzando por la madre; esta negación sería el principal elemento patógeno.

Los arreglos técnicos que Ferenczi estableció tenían como objetivo hacer posible la regresión, así como la repetición del evento traumático dentro del marco del tratamiento, pero en una atmósfera en la que la tensión no excediera los límites de lo que un paciente regresado pudiera soportar. Esta vez, el paciente no se encontraría con la misma reacción que tuvo antes, en su entorno infantil. Para lograr ese objetivo, las reglas de abstinencia y frustración tuvieron que retorcerse cada vez más. Además, para evitar la repetición de la segunda fase, patógena, del trauma —es decir, la negación—, Ferenczi insistió en la necesidad de una sinceridad absoluta por parte del analista. Criticó lo que él llamó la “hipocresía profesional”. Balint (1968) regresó en profundidad a esta obligación de sinceridad cuando describió la actitud del analista durante la fase de regresión en el nivel de la falla básica. Instruido aquí nuevamente por los excesos de Ferenczi, quien incluso llegó a experimentar con una técnica de análisis mutuo con dos de sus pacientes mujeres (ver Ferenczi, 1932, casos de RN y SI), Balint determinó con mucha precisión las formas de expresión de la sinceridad, de manera que no sobrecargaran al paciente con los problemas del analista.

Ambos autores coincidieron, sin embargo, en que el analista debe tener un conocimiento muy claro de sus propias emociones y que debe comunicar algo de ellas al paciente, ocasionalmente incluso en una interpretación de contratransferencia, para no desconcertar nunca al paciente.

De hecho, Ferenczi pronto se dio cuenta de que el análisis mutuo era imposible por diversas razones y, además, que era totalmente intolerable para el propio analista. Aun así, obtuvo una rica cosecha de información de este experimento, así como de todos sus demás intentos técnicos. Su prematura muerte le impidió hacer uso de toda esa información.

Fue Balint, su alumno, amigo y sucesor, quien emprendió esta tarea. Para sus pacientes “profundamente perturbados”, regresados al nivel preedípico o pregenital (el área de la falla básica, según la terminología de Balint), trató de desarrollar una técnica que les permitiera sanar su falla básica y luego aprender a vivir con la cicatriz. Se debe crear una atmósfera lo más similar posible a la situación de armonía primaria con un objeto (aquí, el analista o, aún mejor, la situación analítica). El objeto debe ser lo más indeterminado y flexible posible, tratando de asumir las características de una sustancia primaria, es decir, no debe ofrecer resistencia, debe sostener al paciente como lo harían el agua o la tierra, dejarse usar por el paciente y ser indestructible.

Esta situación corresponde a la atmósfera que Ferenczi intentaba producir mediante la relajación y la indulgencia. Balint, sin embargo, aprendiendo nuevamente de los fracasos de Ferenczi, fue capaz de determinar, mejor que su maestro, qué actuaciones podían ser toleradas y qué satisfacciones podían ser

consentidas. Las gratificaciones solo debían otorgarse a las demandas que apuntaban al reconocimiento. Al mismo tiempo, Balint observó que las gratificaciones que los pacientes deseaban se caracterizaban por el hecho de que estaban relacionadas con un objeto y permanecían en el nivel de un placer preliminar. Por otro lado, la gratificación de las demandas instintivas tenía como consecuencia el riesgo de iniciar una forma maligna de regresión, una espiral interminable en la que, cuanto más satisfacciones obtenía el paciente, más pedía. De este modo, se instalaba un estado similar a la adicción, parecido a la dependencia de drogas, que conducía invariablemente a la desesperación y a la ruptura del tratamiento. Ferenczi (1931) describió este proceso; pero fue Balint (1968) quien estableció la distinción entre las dos posibles formas de regresión, benigna y maligna, y quien describió la naturaleza de las intervenciones capaces de provocar una u otra de estas formas.

La atmósfera pacífica, sin tensiones excesivas, que Balint intentó crear permitió a los pacientes idear nuevas soluciones para las situaciones que originalmente dieron forma a su falla básica y permitió que los pacientes salieran de la regresión con nuevas posibilidades y nuevas capacidades. Este surgimiento a menudo es experimentado por los pacientes como una especie de segundo nacimiento, y lo describen con imágenes correspondientes, como salir del túnel, volver a la luz, y cosas por el estilo. Uno de mis pacientes lo expresó diciendo que solía vivir en un mundo en blanco y negro y que de repente estaba viviendo en tinte. Balint (1932) llamó a este fenómeno “Nuevo Comienzo”: el paciente abandona los sentimientos de desconfianza y recupera su capacidad de amar sin reservas ni condiciones. La falla básica se sana y el paciente aprende a vivir con la cicatriz. Balint introdujo la noción de Nuevo Comienzo ya en 1932, en su artículo “Análisis de Carácter y Nuevo Comienzo” (el mismo año en que Ferenczi escribió “Confusión de Lenguas entre Adultos y el Niño”). Así, Balint estudió cuidadosamente todas las observaciones registradas en los últimos escritos, notas y Diario Clínico de Ferenczi. Añadiendo observaciones de su propia práctica con el mismo tipo de pacientes, cuya regresión iba más allá del nivel edípico, hacia el área de la falla básica y la búsqueda de una confusión armónica primaria, pudo avanzar en la elaboración de sus propias concepciones teóricas y propuestas técnicas.

Afirma que la regresión en el área de la falla básica puede tomar dos formas extremas. En la primera, el paciente espera seguridad de los objetos. Desea ser sostenido firmemente por ellos; pero, como desconfía de la buena voluntad de los objetos para sostenerlo, él mismo se aferra a ellos. Solo puede avanzar de un objeto a otro, y experimenta el espacio vacío entre dos objetos como lleno de peligros impredecibles. Balint (1959) llamó a este tipo de regresión el tipo ocnófilo (del griego “okneo”, que significa aferrarse, vacilar, evitar). La otra forma la llamó el tipo filobático (en el modelo del ‘acrobata’, aquel que camina sobre sus extremidades, lejos de la tierra). Para el filobático, los objetos son percibidos como peligros potenciales que deben ser negociados. El filobático se siente cómodo en espacios amplios y libres de obstáculos. Desarrolla diversas habilidades para evitarlos o negociarlos. Los únicos objetos en los que está dispuesto a confiar son los de su propio equipo, aquellos que puede llevar consigo. (Cabe señalar que ambos términos contienen la raíz “filo”, que significa “amor”). Estas dos formas extremas provienen de la misma fuente. Son dos formas de amor-odio, es decir, ambivalencia. En ambas formas, la prueba de la realidad se ve distorsionada por la confusión entre los mundos externo e interno.

En la práctica, generalmente nos encontramos con formas intermedias, situadas entre estos dos extremos.

Para el paciente que ha regresado al nivel en el que el lenguaje adulto convencional no tiene utilidad y en el que el anhelo de un estado de armonía pacífica hace que el paciente sea intolerante a cualquier intervención inoportuna, Balint intentó crear técnicas bien adaptadas y encontrar una respuesta allí donde Ferenczi había fracasado. Porque Ferenczi quizá se equivocó con las respuestas que propuso, pero ciertamente tenía razón al señalar el problema. Para poder ayudar a estos pacientes, era necesario introducir algunos cambios en la técnica psicoanalítica clásica de la abstinencia y la frustración. Pero estos cambios solo podían definirse correctamente si se sabía con precisión dónde estaban los puntos de referencia inamovibles que permitían mantenerse dentro de un marco en el que el análisis fuera posible.

Balint se dio cuenta de que permitir, o incluso favorecer, la regresión podría conducir al peligro de iniciar

la espiral de una forma maligna de regresión. Aquí Ferenczi se encontró con un problema que no pudo, o no tuvo tiempo de, resolver. No fue capaz de hacer la distinción entre las gratificaciones peligrosas de las demandas instintivas y las satisfacciones permisibles que apuntan al reconocimiento y que se manifiestan, por ejemplo, en el deseo de tocar la mano del analista o su silla, tener una sesión adicional, ser permitido llamarlo durante el fin de semana, y demás.

Al mejorar nuestro conocimiento sobre este punto, Balint nos permitió poner el análisis al servicio de esos pacientes llamados “profundamente perturbados”. Si la situación podía mantenerse de esta manera en el nivel de la regresión benigna, el paciente finalmente saldría del estado regresivo si se le daba el tiempo y la paz necesarios. Entonces, el estado de bienestar pacífico que Balint llamó Nuevo Comienzo podría establecerse.

En resumen, Balint, siguiendo a Ferenczi, pensó que los pacientes cuyo tratamiento no podía llevarse a cabo de principio a fin en el nivel edípico del lenguaje adulto convencional, sin embargo, podían ser ayudados por el psicoanálisis. Sabía, sin embargo, que para esto era necesario introducir algunos ajustes técnicos que permitieran al paciente regresar al área de la falla básica y permanecer allí el tiempo necesario para alcanzar el Nuevo Comienzo. La sensibilidad y la sagacidad del analista deberían ayudarlo a evitar la forma maligna de regresión, expresada por demandas vehementes y apasionadas, con algunos signos histéricos y elementos genito-orgásticos en la transferencia. En este sentido, es recomendable abstenerse de cualquier tipo de gratificaciones orientadas a satisfacer las demandas instintivas. Es muy probable que haya sido en este punto en el que Ferenczi a veces perdiera el control de la situación; precisamente a partir de este punto, Balint pudo refinar sus soluciones.

Por otro lado, si la regresión podía mantenerse en una forma benigna, podría establecerse un clima de confianza mutua donde las demandas del paciente se mantuvieran en un nivel moderado, sin signos histéricos ni elementos genito-orgásticos en la transferencia. El analista concede satisfacción dirigida únicamente al reconocimiento de las necesidades y anhelos del paciente, y el tratamiento puede seguir su curso hacia un nuevo comienzo.

Balint comprendió muy bien lo que era importante en las investigaciones teóricas y técnicas de Ferenczi. Que haya seguido su investigación en la misma dirección muestra que asimiló completamente la esencia de la enseñanza de Ferenczi: es decir, nunca abandonar la disposición crítica de la mente, incluso con respecto a las ideas de uno mismo, de su propio analista, amigo y maestro venerado; nunca dudar en reexaminar las teorías más generalmente aceptadas si parecen llevar a callejones sin salida o contradicciones; y siempre mantenerse con la mente abierta e interesado en lo que el paciente está diciendo. Abordando el trabajo de Ferenczi con este estado de ánimo, Balint pudo aprovechar los éxitos y fracasos de su maestro, sus errores así como sus percepciones e intuiciones. Sobre la base de las experiencias fielmente reportadas de Ferenczi, del ambiente de trabajo de la escuela psicoanalítica húngara y, por supuesto, de las observaciones realizadas durante su propia extensa práctica psicoanalítica, Balint pudo construir su propio trabajo teórico y elaborar sus propias técnicas originales, abiertas a nuevos desarrollos y nunca aisladas de los enfoques de otros investigadores.

Judit Dupont.

(*) Destacada psicoanalista, editora y traductora, reconocida especialmente por su trabajo con los escritos de Sándor Ferenczi. Su edición de ‘The Clinical Diary of Sándor Ferenczi’ (1988) es considerada un recurso invaluable para el estudio de los últimos desarrollos teóricos y técnicos del psicoanálisis. Dupont aportó una comprensión profunda del pensamiento de Ferenczi y su impacto en la terapia psicoanalítica, destacando aspectos innovadores en el abordaje de la regresión y la transferencia. Su labor de edición y contextualización ha sido fundamental para la difusión del legado de Ferenczi a nivel internacional, permitiendo un análisis renovado de sus contribuciones.

En: The legacy of Sandor Ferenczi. Editado por Lewis Aron y Adrienne Harris. The Analytical Press. 1993. Unidad II y Capítulo 8 pp 141-157

REFERENCIAS

- Balint, A. (1939), Love for the mother and motherlove. In: Primary Love and Psychoanalytic Technique, M. Balint. London: Tavistock, 1965, pp. 91-108.
- Balint, M. (1932), Character analysis and new-beginning. In: Primary Love and Psychoanalytic Technique. London: Karnac Books, 1965, pp. 151-164.
- _____ (1937), Early developmental states of the ego. In: Primary Love and Psychoanalytic Technique. London: Karnac Books, 1965, pp. 74-90.
- _____ (1959), Thrills and Regressions. London: Hogarth Press.
- _____ (1968), The Basic Fault. London: Tavistock.
- Ferenczi, S (1913), Stages in the development of the sense of reality, In: First Contributions to Psychoanalysis, de. M. Balint (trans. E. Mosbacher). London: Karnac Books, 1980, pp. 213-239..
- _____ (1919), Technical difficulties in the analysis of a case of hysteria. In: Further Contributions to the Theory and Technique of Psychoanalysis, de. J. Richman (trans. J. Suttie), London: Karnac Books, 1980, pp. 189-197.
- _____ (1921), The further development of the active therapy in psychoanalysis, In: Further Contributions to the Theory and Technique of Psychoanalysis, de. J. Richman (trans. J. Suttie), London: Karnac Books, 1980, pp. 198-216.
- _____ (1923), La psychanalyse au service de l'omnipraticien, In: Psychanalyse III, Paris: Payot, 1974, pp. 205-215.
- _____ (1924), Thalassa, A. Theory of Genitality. London: Karnac Books, 1989.
- _____ (1926), Contraindications to the "active" psychoanalytical technique, In: Further Contributions to the Theory and Technique of Psychoanalysis, de. J. Richman (trans. J. Suttie), London: Karnac Books, 1980, pp. 126-142.
- _____ (1928), The elasticity of Psychoanalysis technique. In: Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis, de. M. Balint (trans. E. Mosbacher), London: Karnac Books, 1980, pp. 87-101.
- _____ (1930), The principles of relaxation and neocatharsis, In: Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis, de. M. Balint (trans. E. Mosbacher), London: Karnac Books, 1980, pp. 108-125.
- _____ (1931), Child analysis in the analysis of adults, In: Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis, de. M. Balint (trans. E. Mosbacher), London: Karnac Books, 1980, pp. 126-142.
- _____ (1932), The Clinical Diary of Sándor Ferenczi, de. J. Dupont (trans. Balint & N. Z. Jackson). Cambridge, MA: Harvard University Press, 1988..
- _____ (1933), Confusion of tongues between adults and the child. In: Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis, de. M. Balint (trans. E. Mosbacher), London: Karnac Books, 1980, pp. 156-167.

Volver a Ediciones Digitales
Volver a Newsletter 27-ex-81

Notas al final

1.- Una observación personal: una joven embarazada solía escuchar durante largas horas el mismo cuarteto de Mozart. Dos días después de su parto, la visité en la clínica. El bebé dormía pacíficamente cerca de nosotros, mientras la radio sonaba suavemente a su lado. De repente, comenzó a sonar el famoso cuarteto de Mozart. En ese momento, el bebé se despertó de golpe, pero sin llorar, en un estado de atención concentrada. Evidentemente, reconoció esta música. Parece bastante claro que, incluso en el útero de su madre, estaba en contacto con el mundo exterior y era capaz de distinguir sonidos específicos.